

## **Extramuros del Psicoanálisis\***

***Gilberta Royer de García Reinoso.\*\****

Voy a trabajar lo que en la terminología de Laplanche, él llama el “extramuros”. Cada cual tiene su terminología, lo importante es saber que se designa con ella.

Me antecedió en la palabra Vicente Galli. No hablamos hablado antes de lo que íbamos a abordar, y sin embargo vamos a coincidir en unas cuantas cosas. ¿Es esto casual? O bien algo inquieta en estas latitudes a psicoanalistas diversos, y constituye quizás un núcleo importante de nuestra realidad psicoanalítica argentina 1990.

Hace años que vengo trabajando un tema: el de la relación del sujeto con el poder. Como psicoanalistas tenemos un lugar privilegiado para desmontar-lo: es el campo de la transferencia. A condición sin embargo que este campo de la transferencia sea entendido como un campo donde el analista está incluido y comprometido: en tanto sujeto él mismo del inconsciente y sometido, como el paciente, a la violencia de sus relaciones primarias y a sus reediciones. Asimetría funcional pero simetría estructural; simetría, no reciprocidad. Lo que obliga al analista a un permanente trabajo sobre su compromiso inconsciente, sin lo cual su lugar, sería simplemente un lugar de ejercicio de poder: de la sugestión. Poder de dominio, aunque se pensara ejercerlo para transformaciones “positivas para el otro”. Poder de la sugestión que está siempre acechando en el campo de la transferencia; como dice Octave Mannoni: “La paradoja de la transferencia es que el poder que otorga, servirá solamente a condición de que no se lo use”.

El campo de la transferencia es un campo de poder donde se reeditan las condiciones de la constitución subjetiva en las cuales la proporción entre el niño y el adulto - o bien entre el sujeto y el otro (en el lugar de gran Otro, dirá Lacan)- es desmesurada. Lo describió Freud y Laplanche lo enfatiza con su concepto de la seducción originada, en el

---

\* Conferencia realizada en las Jornadas Jean Laplanche. Buenos Aires 1990

\*\* Julián Avarez 2797, Buenos Aires. Argentina.

que recalca la importancia que tiene la transmisión de los “significantes enigmáticos”, vehiculizando el inconsciente del adulto. Más adelante retomaré estos conceptos de Laplanche que me son útiles para entender algo más de este complejo campo.

Me declaro de raigambre freudiana, habiendo hecho un recorrido, como todos los psicoanalistas de mi generación, por el kleinianismo. Y me mantengo en una relación amistosa con el pensamiento de Lacan, del que muchas concepciones me parecen importantes y valiosas, más allá de las deformaciones y abusos que algunos ya han señalado aquí, y que son, a mi parecer, fundamentalmente efectos de institución.

Para trabajar la relación del sujeto con el poder, partiendo de la transferencia, sin quedarnos solamente en ella, voy a remitirme a Freud.

Estuve trabajando - re-trabajando - para esta charla, el trabajo de Freud: “Moisés y el monoteísmo”, que el subtitula “Una novela histórica”. Hay algunos elementos ahí que vale la pena recalcar. Freud abre ahí un camino metodológico, y creo que es necesario rescatar textos que no son los que más se trabajan en la enseñanza y la formación de los psicoanalistas. Yo arriesgaría decir que estos trabajos sufren en las instituciones una suerte de censura: se los silencia, se los omite o se los ubica en un rango secundario, como “trabajos de psicoanálisis aplicado”. Freud contribuye a la división que se hace de sus escritos, entre escritos clínicos y teóricos por un lado, y escritos sociales por otro. Sin embargo tenemos cantidad de trabajos freudianos, desde “Totem y tabú”, “El porvenir de una ilusión”, “Psicología de las masas”, “Moisés y el monoteísmo”, “Una neurosis demoníaca”, “El malestar en la Cultura”, y podrían citarse muchas más - que son lugares de *producción de teoría*. La construcción de la teoría psicoanalítica surge a partir de los interrogantes que plantea la clínica, pero también de los que le provee el trabajo en un campo-que Laplanche llama de extramuros -, el campo de lo cultural, y que no es para Freud un simple campo de aplicación. Estoy muy de acuerdo con Laplanche cuando dice que no se puede hablar de aplicación, no es riguroso, al menos en cuanto a la forma en que Freud trabaja conceptualmente en distintos campos. De lo contrario habría que hablar también de aplicación para el campo de la clínica. El pensamiento y la metodología de Freud son eminentemente dialécticos.

El construye, piensen Uds., a partir del análisis de las masas, nada menos que el concepto del Yo, y retrabaja ahí la transferencia. Y no es que la transferencia le sirva

solamente para estudiar el problema de las masas, sino que el estudio de las masas le permite reconstruir el problema de la transferencia y profundizar el concepto del Yo que venía trabajando con el tema del narcisismo; es lo que se llama el giro de 1920.

Entonces pongamos a trabajar esos textos. Habría que preguntarse por qué la mayoría de las instituciones de formación de psicoanalistas no incluyen estos textos mas que como textos laterales, cuando son textos de fundamento. Por qué la formación, la enseñanza tiene que centrarse en lo que está explícitamente referido al campo de la cura y de la teoría? Freud nos enseña no solamente que su campo de producción conceptual es más amplio, sino que él trabaja siempre en un movimiento de ida y vuelta: de la clínica va al campo de lo social, y de éste vuelve a la clínica, con las modificaciones que sus construcciones teóricas suscitan. La construcción de conceptos en este movimiento dialéctico le permitirá a su vez, abarcar los fenómenos de la cultura.

El texto de “Moisés y el monoteísmo” tiene algunos elementos que pueden servirnos para poder trabajar la relación del sujeto al poder. Moisés es prácticamente su última obra- quizás se podría pensar en la culminación de su obra, o en un testamento. Está escrito en el contexto del ascenso del nazismo, y encima, prácticamente del momento del éxodo, en el que Freud, a pesar de resistirse, va a tener que abandonar Viena.

El nudo central del texto es el intento de desanudar esa imbricación entre lo libidinal y lo histérico. Novela histórica, dice Freud: “el *hombre* Moisés”.

Explicita en el texto que va a abordar una *analogía* -él la llama una analogía, uno podría decir Isomorfismo-, entre el fenómeno psíquico y el fenómeno cultural. Y dice esto que me parece muy interesante: que un asesinato y la deformación de un texto son fáciles de realizar, pero que *lo que es difícil, es conseguir que no dejen rastros*. O sea que es a partir de los rastros que se podrá reconstruir aquello que ha querido ser borrado, deformado, asesinado, ya sea cuerpo o palabra.

Freud trabaja en ese texto el problema de la religión, el de *la ley*; la transferencia anuda estos temas. A su vez transferencia y religión anuda otros dos temas: la creencia y el amor. El eje del análisis es el inconsciente: para Freud, la dimensión del inconsciente está presente en todos los fenómenos humanos, en los individuos y en la historia, en los fenómenos de la cultura; el inconsciente es el articulador, el instrumento que guía sus

análisis.

Muy de costado, y sin enfatizar mucho, toca el tema del nazismo. Sin embargo es un tema que subyace a su trabajo, y éste es un aporte para hacerlo más entendible.

Fundamentalmente el texto plantea la cuestión de la transmisión de la ley, de la transmisión de las tablas de la ley. Freud está preocupado por el destino de sus ideas, por el destino de su doctrina. Ha hecho ya un montaje institucional importante con la creación de la IPA avanza, por otro lado, otro montaje institucional de poderes siniestros, como es el nazismo; pero él mantiene inquietud en los dos terrenos; tiene inquietud también por lo que va a resultar de la transmisión del psicoanálisis. Esto tiene su importancia y plantea varios temas: uno es el tema acotado de la formación de analistas, de todos ustedes, de todos nosotros, el problema de la transmisión. Otro es el pasaje de ésta a través de las instituciones, y la contradicción intrínseca entre lo que el psicoanálisis es en sí mismo, en su núcleo duro, y lo que la institución propone, o constituye, o pone en acto. Contradicción no solucionada -quizás no solucionable-, contradicción que hace que algo se pierda, pero no en el sentido de pérdida productiva; sino que algo se pierde en el sentido de borrarse y transformarse en situaciones que Freud ha descrito en la masa, en las instituciones como el Ejército y la Iglesia; fenómenos en los cuales la adhesión, la coagulación, la sujeción del deseo, va a ser contradictoria con lo que plantea el psicoanálisis, que sería justamente contribución a la de-sujeción, a la libertad, la desligazón y la posibilidad de pasar a nuevas ligazones.

En otras palabras, las instituciones fijan las transferencias, se ofrecen a las transferencias y corren el riesgo de producir un infinito campo de transferencia, nunca resoluble.

Aquí una acotación: Laplanche dice en algún momento que disolver la transferencia no es posible, que a lo sumo hay que transferir la transferencia. Yo estoy de acuerdo; pero hay que subrayar que cuando se habla de disolver la transferencia, se habla de la transferencia analítica, en la cura. La capacidad de transferencia desde luego que es inherente al ser humano, y no solamente no puede ser liquidada, sino que pretenderlo sería liquidar al sujeto mismo. Sólo se puede efectivamente esperar transferir la transferencia.

Freud insiste, más de una vez, que en realidad el campo de la terapéutica no es lo que más le interesa. No porque no le dé importancia, sino porque lo trata como trata el síntoma: como *efecto* de determinaciones complejas a dilucidar; como resultado de relaciones que no son transparentes. Su concepto de la cura psicoanalítica está justamente centrado en esto: no es una terapia sintomática, no pretende reducir síntomas, sino descifrarlos, hacerlos hablar. Su hipótesis es que de este proceso es que surgirán modificaciones *cuyo efecto* será la modificación de los síntomas. Cosa no despreciable.

Su aspiración es entonces la curación -digámoslo sin miedo-, pero concibe a la curación como *resultado* de un trabajo de desciframiento -es lo que Lacan formulará como “por añadidura”-, trabajo contra resistencias, y que esto permitirá una nueva disposición y funcionalidad metapsicológica en sus tres aspectos: tópico, dinámico y económico; con todas las consecuencias clínicas que ello implica.

En el campo de la clínica, Freud articula los conceptos de la teoría, los pone a trabajar, pero el interés de Freud es construir una teoría del sujeto humano, una teoría de la cultura, una teoría de las instituciones. Todos estos aspectos son tan importantes unos como otros.

Este campo ampliado es, en verdad, lo que hay que denominar el *campo de la clínica freudiana*, que sobrepasa al campo de la cura. Ahí se articulan permanentemente teoría y práctica.

Las rupturas dentro de la IPA -sucedidas en Argentina en los años 70, y de las cuales surgieron los grupos Plataforma y Documento, la creación de un centro de formación, el CDI, y un reordenamiento general del campo del psicoanálisis- se basaron fundamentalmente en una crítica institucional intra y extra IPA, sustentada en cuestionamientos de orden ético y teórico, incluyendo el campo de lo político, que nadie negaría es campo de la cultura -aunque ésta pueda ser barbarie. Más adelante, el trabajo en el campo de los derechos humanos movilizó buen número de psicoanalistas.

En Europa, la inquietud y el trabajo psicoanalítico sobre, por ejemplo, el fenómeno del nazismo o sobre los campos de concentración y exterminio, es algo que llegó tarde,

con décadas de desfasaje.

Aquí, en cambio, se trabajó muy pronto este campo clínico y conceptual. Estamos hablando de aquello, tan difícil de hablar por sus características mismas: el *traumatismo histórico*. Por su carácter de real, traumático, las dificultades de elaboración y de simbolización son grandes, nos comprometen en nuestro propio ser inconsciente. Es posible, es probable que haya un tiempo necesario para poder trabajarlo. Sin embargo hay también un apremio que suscita la necesidad de pensar y de actuar sin dejarse invadir por la Parálisis de lo traumático. En Argentina hubo el trabajo asistencial de los organismos de derechos humanos durante la dictadura, durante el genocidio mismo. El acervo recogido en esas tareas -clínicas- provee preguntas de orden teórico que será necesario seguir procesando: el problema de la neutralidad del analista, la teoría del trauma, la pulsión de muerte, la culpabilidad inconsciente, la relación del sujeto al poder, todo lo que dispone al sujeto humano a ser sojuzgado, pero también aquello que le permite un ejercicio de libertad. La distancia *en* el tiempo favorece sin duda la reflexión, pero la urgencia de la tarea también compromete a abordar aquello que la distancia puede sumir en diversas formas de censura. La historia es memoria, no acontecimiento puro. Lo objetivo y lo subjetivo se imbrican ahí apretadamente. Como dice Laplanche, lo exógeno es siempre también endógeno, y su oposición es fuente de muchos impasses, por no decir que procura muchas coartadas.

El genocidio que hemos soportado, y que seguimos soportando en otras variantes: el genocidio por el hambre, por la miseria, por la enfermedad, genocidio que es al mismo tiempo prolongación del anterior, verdad y razón del genocidio que recurrió a la tortura y a la desaparición. Hemos asistido, desde el campo de la clínica, a personas que han sido torturadas; que han sufrido los más extremos malos tratos. En la tortura, modelo argentino, con la picana; se procede al despedazamiento de los cuerpos: la picana se aplica fundamentalmente en las zonas del cuerpo que constituyen las zonas erógenas: lugar donde la pulsión misma se constituye y donde se origina el sujeto humano, con la marca del otro. Situación en la que se repite el trauma originario, la desmesura de ese par activo-pasivo; en ese borde en el que aniquilación y posibilidad de sobrevivencia están siempre mezclados.

La tentativa es de asesinar el sujeto ahí mismo donde se constituye; podría uno pensarlo como tentativa de abolir lo humano en su raíz misma.

Desgraciadamente, aunque no nos guste reconocerlo, la relación con el torturador se configura a veces como adhesión aberrante: relación de amor en algunos casos. El psicoanálisis puede dar cuenta de esta triste derivación de lo atroz, pues la constitución subjetiva, en la que la alienación juega su papel, lo expone a la repetición. ¿Laplanche diría quizás que, en ese campo atroz de la tortura, -ataque seductor finalmente- se renueva la seducción originaria?

Pero creo que el análisis tiene aún mucho que trabajar para entender porque no siempre el desenlace es ese; no es fatal que así sea. Tenemos el testimonio de muchas personas que han pasado por esas situaciones terroríficas, sin quedar demolidas, con capacidad de vivir, de sublimar, de incluirse en la cultura. Creo que hay aquí un interrogante a trabajar, y los aportes de Laplanche con su teoría de la seducción generalizada, puedan quizás permitirnos profundizar el tema. Una situación como la tortura, llevada al extremo límite de la destrucción, evocando la desmesura de la primera relación al otro, expone a una adhesión, a una identificación con el torturador, último refugio del narcisismo, última ligazón antes de la muerte, pues su poder absoluto sobre el cuerpo torturado en sus lugares de constitución, evoca la desmesura de la primera marca: constitutiva en el par pasividad-actividad.

Sin embargo, si en situaciones tan extremas, hay sujetos que no sólo pueden sobrevivir como sujetos, sino también recuperar creatividad y libertad, ¿cuáles son los elementos para poder repensar la constitución subjetiva y la función, por ejemplo del lazo social, así como el tema del ideal y de la ilusión en sentido creativo y liberado?